



## EL HACHA

—Pase, doctor. Sí, es aquí. Sí, soy yo quien lo ha llamado. Mi marido ha sufrido un accidente. Sí, creo que es un accidente grave. Muy grave, incluso. Hay que subir a la planta de arriba. Está en el dormitorio. Por aquí. Discúlpeme, la cama no está hecha. Ya me comprenderá, me he asustado un poco cuando he visto toda esa sangre. Yo no sé si voy a ser capaz de limpiarla. Creo que mejor me voy a vivir a otro sitio.

»Venga a ver la habitación. Aquí está, al lado de la cama, en la alfombra. Tiene un hacha clavada en el cráneo. ¿Quiere examinarlo? Sí, examínelo. Un accidente de lo más tonto, ¿verdad? Se ha girado en la cama mientras dormía y ha caído encima de este hacha.

»Sí, el hacha es nuestra. Normalmente la tenemos en el salón, al lado de la chimenea, para partir la leña en trozos.

»¡Que por qué estaba al lado de la cama! No tengo ni idea. Él mismo debió de dejarla apoyada contra la mesilla de noche. Igual por miedo a los ladrones. Nuestra casa está tan aislada...

»¿Quiere telefonear? ¡Ah, claro! Una ambulancia, ¿no? ¿A la policía? ¿A la policía para qué? Se trata de un accidente. Simplemente se ha caído de la cama encima de un hacha. Sí, es raro, pero anda que no suceden cosas así porque sí.

»¡Ay! ¿No creerá, acaso, que soy yo quien puso el hacha al lado de la cama para que él se cayera encima? ¡Pero yo no podía prever que se fuese a caer de la cama!

»Se creerá usted que lo he empujado yo y que luego me he dormido tan tranquila, por fin sola en nuestra cama, sin oír sus ronquidos, sin notar su olor!

»A ver, doctor, ¿cómo va a suponer algo así? Usted no puede...

»Es verdad, he dormido bien. Hacía años que no dormía tan bien. No me he despertado hasta las ocho de la mañana. He mirado por la ventana. Hacía viento. Las nubes, blancas, grises, redondas, jugaban delante del sol. Estaba contenta, y pensé que con las nubes nunca se sabe. Lo mismo se dispersan —van tan rápidas— que se agolpan y se precipitan sobre nuestros hombres en forma de lluvia. Me daba igual. Me gusta mucho la lluvia. Por otra parte, esta mañana todo me parecía maravilloso. Me sentía aliviada, liberada de un peso que desde hace tanto tiempo...

»Ha sido entonces cuando, al girar la cabeza, he descubierto el accidente y lo he llamado a usted por teléfono enseguida.

»Usted también, también quiere telefonear. Ahí tiene el aparto. Llame a una ambulancia. Para que se lleven el cuerpo, ¿no?

»Que la ambulancia es para mí, dice? No entiendo. Yo no me he hecho nada. No me duele nada, me encuentro muy bien. La ropa de este camisón es de mi marido, que ha salpicado cuando

## UN TREN AL NORTE

Una escultura en un parque, cerca de una estación abandonada.

Representa a un perro y un hombre.

El perro se alza sobre las patas, el hombre está de rodillas abrazando al perro por el cuello e inclinando ligeramente la cabeza.

Los ojos del perro observan la llanura que se extiende hasta el infinito a la izquierda de la estación; los del hombre miran fijo al frente, por encima del lomo del animal, las vías invadidas por la hierba, por donde ya no pasa ningún tren desde hace mucho. El pueblo al que prestaba servicio la estación en desuso ha sido abandonado por sus habitantes. Cuando hace buen tiempo, todavía se instalan algunos urbanitas enamorados de la naturaleza y la soledad, pero todos tienen coche.

También está el anciano que merodea por el parque y que afirma haber esculpido al perro y que, al abrazarlo —porque lo quería mucho—, se quedó petrificado.

Cuando se le pregunta qué entonces cómo es que está ahí, vivo, en carne y hueso, responde sencillamente que espera el próximo tren para el Norte.